

Asiria

Assur, la primera capital de Asiria, era al principio sede de un gobernador feudatario de Babilonia. Excavaciones también llevadas a cabo por la Sociedad Alemana de Oriente procuraron preciosa información de Assur y de los semitas que la ocuparon en el segundo milenio antes de Jesucristo. Quedan todavía muchos puntos oscuros; no sabemos si el país estaba ya habitado por otras gentes antes de la llegada de los asirios. No sabemos tampoco con certeza si sirios y asirios son dos ramas de una misma nación que se dividió; mientras los sirios se difundieron hasta la costa y el alto valle del Eufrates, los asirios se quedaron más al Sur, en una comarca algo accidentada que el Tigris cruza zigzagueando.

Los primitivos asirios tributaron culto a una divinidad solar llamada Assur. En la que fue su primera capital, que también se llamaba Assur, hubo un templo mayor calificado de Ekarsagukurkura, que quiere decir la "casa de la montaña de toda la tierra", nombre excesivamente orgulloso, pero que los reyes asirios conquistadores justificaron después. El fundador legendario de Assur era cierto Uspia, cuyo nombre no parece

pertenecer a un semita. Pero es frecuente en la fábula que el jefe creador de un estado sea un extranjero.

La ciudad de Assur estaba emplazada en lugar fértil y el Tigris corre rápido y profundo en la hendidura que dejan las colinas. Las excavaciones han despejado los antiguos muelles de Assur y las lanchas de los arqueólogos fueron a amarrar en los muros de contención edificados por los monarcas asirios. La masa colosal del gran templo de Assur, siempre engrandecido por los dinastas que conquistaron la tierra en su nombre, fue limpiada imperfectamente; su disposición no resulta clara, sólo se comprende que tenía asimismo una pirámide escalonada y estaba cerca del palacio real. Había también junto al santuario una "casa de la fiesta" u hospedería para albergar a los peregrinos, como en Babilonia.

Si el templo del gran dios de Assur es todavía un enigma, el templo doble de Anu y Adad, en la misma ciudad de Assur, fue restaurado completamente. Ambos dioses tenían el patio común, pero cada uno su cella separada, incommunicables, y cada uno su pirámide escalonada o zigurat. Es com-

Tributarios medos ofreciendo presentes a Sargón II de Asiria, relieve del palacio real de Khorsabad (Museo del Louvre, París). Además de los caballos enjaezados, un súbdito medo le ofrece un modelo representativo de una ciudad en señal de sumisión.



prensible esta separación, porque Anu era un dios sumerio, el patrono de la antigua ciudad de Uruk, que los babilonios habían hecho dios de la medicina y del protocolo, adoptándolo como un verdadero babilonio e hijo de Marduk. En cambio, Adad era un dios extranjero, importado por los semitas asirios de la vecina región montañosa de Capadocia. Se representaba a Adad montado encima de un toro, porque es animal que muge como el trueno. He aquí, pues, las tres divinidades principales del panteón asirio, procedentes de tres distintas razas: Assur, el dios solar, era semítico; Anu, de origen sumerio, y Adad, el dios del trueno, que tal vez fuese hitita o ario. En nombre de esta trinidad llevaban a cabo los monarcas asirios sus atroces degollinas, incendios, empalamientos y devastaciones. Al principal, Assur, lo representaban como un círculo alado dentro del cual había una figurita que disparaba el arco.

Los gobernadores asirios se mantuvieron en una honorífica dependencia de los reyes de Babilonia, hasta que las conquistas de los egipcios perturbaron el equilibrio de los pueblos de Asia. Al avanzar el faraón Tutmosis III hasta el Eulrates, después de la batalla de Megiddo, los magnates asirios comprendieron que podían aprovecharse de aquel nuevo poder y le enviaron un valioso presente, como si le hicieran ofrecimiento de su amistad.

Algo más tarde, un monarca de Babilonia se queja ya al faraón de que hubiera reconocido la independencia de Asiria. En cambio, he aquí cómo el *patesi* asirio escribía, hacia el 1400 a. de J. C., al faraón, que era el místico Akhenatón, o Amenofis IV, de quien hemos hablado en un capítulo anterior: "Al rey de Egipto, mi hermano; Assur-Uballit, el rey de Asiria, su hermano. Paz sea a ti, a tu casa y a tu país. Cuando vi a tus embajadores, me alegré grandemente. Te envió un carro y dos caballos blancos, otro carro sin caballos y un sello de lapislázuli. Envíame..., etcétera". Poco podía imaginar el faraón que aquel reyezuelo asiático cuya independencia acababa de reconocer era el antecesor de unos futuros conquistadores de Egipto.

***El dios nórdico Adad,
que fue adoptado por los asirios
como divinidad de las tempestades
(Museo del Louvre, París).
Ya a fines del primer imperio asirio,
hacia 1110 a. de J. C.,
el rey Tiglat Pileser I
había construido un templo en Assur
dedicado a los dioses Anu y Adad.***

Babilonia no pudo hacer más que aceptar el hecho consumado y trató de conservar la amistad del nuevo reino, casándose el rey de Babilonia con una hija del rey de Asiria. Así creció el nuevo estado, llevando un doble juego con Egipto y Babilonia. Las aventuras de los faraones en Asia no hicieron más que favorecerles, porque al destruir Ramsés II la confederación de los hititas en la batalla de Kadesh, destruyó el único poder que podía impedir el crecimiento de Asiria por el Norte.

Al ascender al trono de Asiria Teglathafasar I, en 1115 a. de J. C., la soberanía de Egipto en Asia era ya puramente nominal; Babilonia se había acostumbrado a no pensar más en conquistas y el poder de los hititas se había desvanecido. El campo estaba libre para un nuevo conquistador. Los anales de Teglathafasar se nos han conservado en un prisma octogonal del que se conocen varias copias. En ellas, Teglathafasar I empieza enumerando a los dioses en cuyo nombre ha combatido. El primero, claro está, es "Assur, el gran dios, el jefe de la hueste de los dioses"; después Marduk de Babilonia, Shamash, Adad, Ishtar, etc. Después sigue la descripción de sus campañas; por ella se advierte que Teglathafasar I no quiso aventurarse a hostilizar a Babilonia al principio de su reinado. Las primeras anexiones de Asiria fueron hacia el Norte: el Asia Menor y la Armenia. El estilo de los anales de Teglathafasar quedará como modelo para los sucesivos conquistadores. ¡Qué audacia de expresión, qué falta de humanidad, hasta de decoro! La sangre de sus enemigos "cubría



Relieve del palacio construido por Asurnasirpal II en Kalah en la primera mitad del siglo IX a. de J. C. y que representa un genio alado (Museo Real de Arte e Historia, Bruselas).

LA ORGANIZACION POLITICA DEL IMPERIO NUEVO ASIRIO

I EL REY

Es el propio dueño del estado; su poder es de origen divino, pues es el "sustituto" del dios nacional Assur en la obra de sumisión de todos los pueblos. El rey imprime su sello personal en todos los aspectos del gobierno.

II ADMINISTRACION CIVIL

Dirigida por el Sukkallu (visir), quien administra justicia y realiza expediciones. Sus funciones son muy vastas, siendo ayudado por un segundo Sukkallu. Aunque se conocen muchos títulos de la jerarquía de funcionarios dependientes del Sukkallu, no se ha podido determinar con certeza su papel.

III EL PALACIO

En la vida del Imperio asirio, el palacio es de suma importancia. Existe un superintendente de palacio -Rab Ekallim-, que se ocupa, con auxilio de una compleja jerarquía, de organizar toda la vida de la corte, donde gozan de un papel considerable la reina madre y el príncipe heredero, quienes disponen de funcionarios y ayudas especiales.

IV ORGANIZACION DEL EJERCITO

El ejército, que cuenta con una amplia jerarquía de generales y oficiales, está dirigido por el Turtanu, auxiliado por el segundo Turtanu y un Turtanu de la derecha y otro de la izquierda, y se forma normalmente por leva, debiendo toda ciudad y pueblo proporcionar determinado número de hombres. Tropas auxiliares formadas por los aliados y vasallos de la región donde se realiza la campaña se suman al cuerpo central del ejército asirio.

FUENTES DE LA CULTURA ASIRIA: LA ESCRITURA CUNEIFORME

Hablar de un pasado tan remoto como es el de las civilizaciones babilónica y asiria sería absolutamente imposible si no tuviéramos escritos u otros restos de aquellos tiempos que nos suministraran la adecuada información. Por suerte, han llegado hasta nuestros días numerosas inscripciones y monumentos en que basar nuestras afirmaciones. Los monumentos nos permiten conocer el arte y, en cierto modo, el alma de aquellos pueblos. Las inscripciones nos suministran los datos concretos para tejer la historia de una de las primeras civilizaciones que han existido en el mundo.

Recogiendo la tradición de los más antiguos pueblos semitas de dejar constancia escrita de los hechos nacionales desde sus orígenes, los babilonios y asirios narraron en crónicas los principales acontecimientos que sucedieron en su tiempo. Gracias a estas crónicas han llegado hasta nosotros listas cronológicas, inscripciones reales, correspondencia diplomática y administrativa y otros datos de gran valor histórico.

En las excavaciones realizadas en el valle del Tigris y Eufrates han aparecido, como es lógico, sólo los documentos contemporáneos a la desaparición de aquellas civilizaciones, habiendo sido destruidos los anteriores, como se hace aún en algunos archivos modernos. Con todo, en diversos lugares han aparecido depósitos de documentación correspondiente a épocas anteriores. Los textos babilónicos y asirios que han llegado hasta nuestros días se hallan escritos sobre tablillas de arcilla en caracteres cuneiformes. Precisamente por ser de arcilla, estas tablillas han resistido bien todos los agentes de destrucción; no así otros materiales como la madera, el papiro o el cuero, que con el tiempo se han destruido.

Sobre esta remota antigüedad ya escri-

bieron algunos escritores clásicos. Así, conocemos anotaciones de Heródoto y Jenofonte y alusiones de otros autores. Pero estos relatos reflejan sólo impresiones de viaje, que en la mayoría de los casos deforman la realidad. El verdadero conocimiento de la historia de Babilonia y Asiria sólo puede provenir de la interpretación de los documentos de la época, cosa que, por estar grabados en escritura cuneiforme, no ha sido nada fácil. A este tipo de escritura se le ha dado el nombre de cuneiforme porque cada uno de sus signos está formado por una o varias unidades semejantes a una cuña.

El estudio de la escritura cuneiforme empezó en el siglo XVI. Ya a principios del XVII se llegó a la conclusión, por el examen de unas tablillas halladas en las ruinas de Persépolis, de que varios grupos de estos signos tenían un valor significativo de escritura. A mediados del siglo XVIII se consiguió hacer la transcripción completa de unas inscripciones agrupadas de tres en tres, con tres tipos diferentes de escritura en cada grupo. Pronto se dedujo que se trataba de la misma inscripción, escrita de tres maneras diferentes.

A principios del siglo XIX, a consecuencia del interés que en las naciones europeas se despertó por la India, la ruta terrestre del golfo Pérsico, que pasaba por el antiguo emplazamiento de las civilizaciones babilónica y asiria, quedó jalonada de representaciones consulares de las grandes potencias europeas, que pronto fueron sede de numerosas misiones diplomáticas. El personal de estas misiones, sobre todo la inglesa, la alemana y la francesa, se interesó por la historia antigua del país en que habitaban y creó la asiriología.

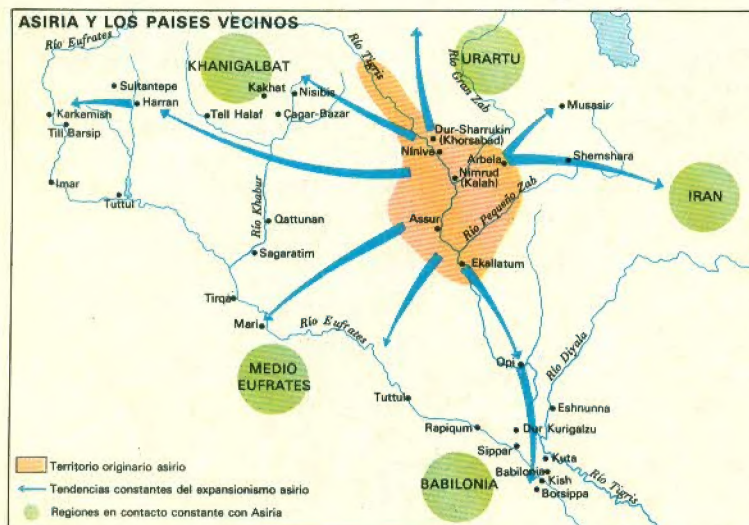
Los primeros estudios estuvieron encaminados a interpretar la primera de las escrituras antes referidas. Por comparación de textos se logró traducir inscripcio-

nes de signos repetidos, tales como "Jerjes, rey de reyes, hijo de Darío, rey" y "Darío, rey de reyes, hijo de Histaspes". Como se suponía que los tres tipos de escritura correspondían a una misma frase, se intentó identificar las dos inscripciones anteriores en el segundo tipo de escritura. Esto se logró a mediados de siglo y además se descubrió que ciertos signos correspondían no a una letra, sino a una sílaba. El desciframiento de la tercera escritura presentó mayores dificultades, ya que se hallaron numerosas variantes de un mismo signo y la existencia de signos diferentes que tenían el mismo sonido, y de un solo signo al que correspondían varios sonidos.

Entre tanto, algunos notables asiriólogos habían publicado por su cuenta interpretaciones de diversos fragmentos de inscripciones cuneiformes. Fue entonces cuando la Sociedad Asiática de Londres encargó a tres de los mejores especialistas en la materia que, cada uno según su método, descifrara una inscripción del rey Teglafalasar I de Asiria. Los intelectuales del momento pudieron comprobar con asombro que las interpretaciones de tales investigadores se correspondían unas con otras en todo lo sustancial del texto.

La historia antigua del Próximo Oriente tiene, pues, una gran deuda de gratitud con estos hombres que han hecho posible su conocimiento. Entre otros, merecen ser destacados H. C. Rawlinson, que trabajó en Irán desde 1833 a 1847 descifrando escritos cuneiformes; P. E. Botta, que realizó decisivas excavaciones en Nínive y Khorsabad; A. H. Layard, que puso al descubierto la ciudad de Nimrud; E. Hicks, J. Oppert y otros, cuyos descubrimientos, quizá menos sensacionales, han abierto el camino a la investigación del futuro.

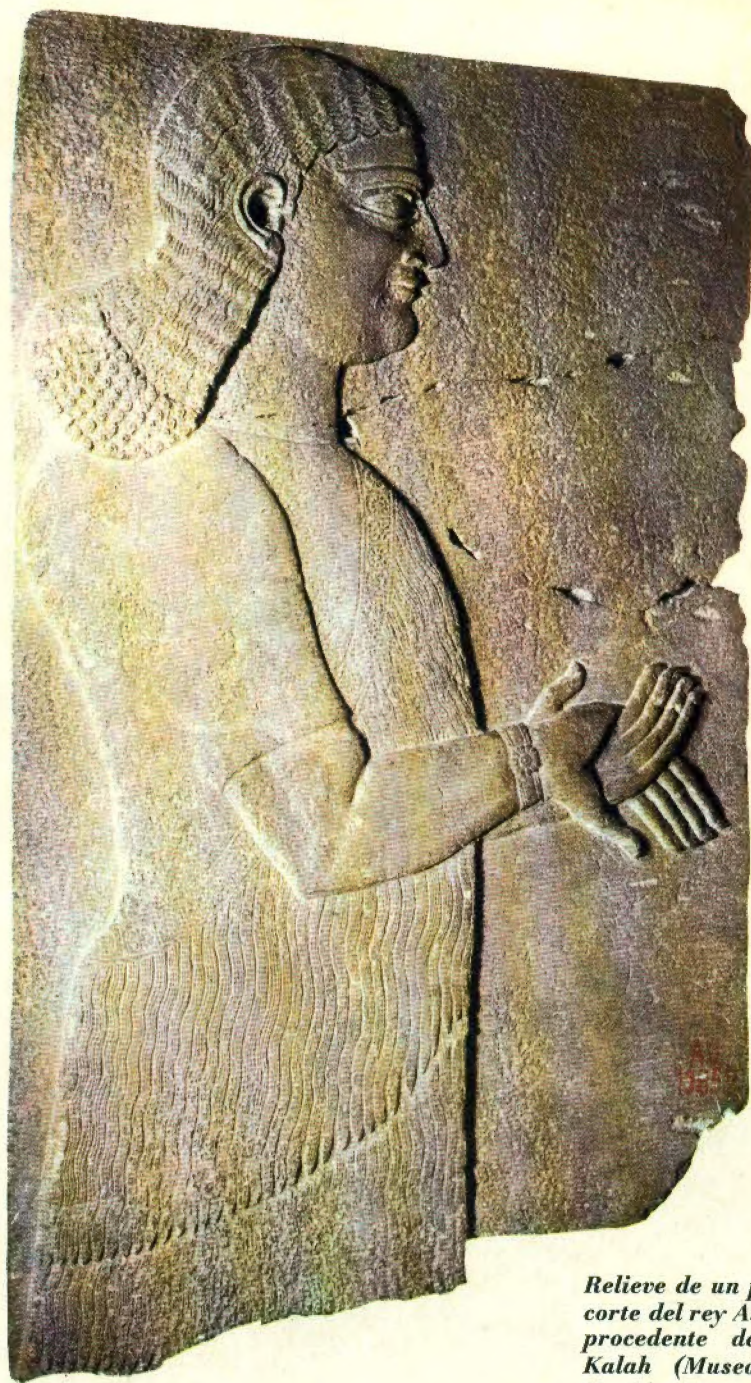
V. G.



los barrancos y la cima de los montes"; los habitantes de las sierras huían con sus dioses, "como pájaros". En otra campaña degollaba a sus enemigos "como corderos". La parte militar de los anales de Teglafalasar acaba así: "Entre todo, desde el principio de mi reinado conquisté cuarenta y dos naciones, desde el río Zab hasta las montañas de las fuentes del Eufrates, y desde la tierra de los hititas al mar Superior. Impuse mi voluntad, tomé rehenes y cobré tributos".

Cómo recibió Babilonia las noticias del crecimiento de este nuevo poder, no lo sabíamos por los anales de Teglafalasar, pero lo cuenta la llamada *Historia sincrónica de Babilonia*. Un tal Marduk-Nadin-Akhi, que reinaba entonces en la ciudad santa, se

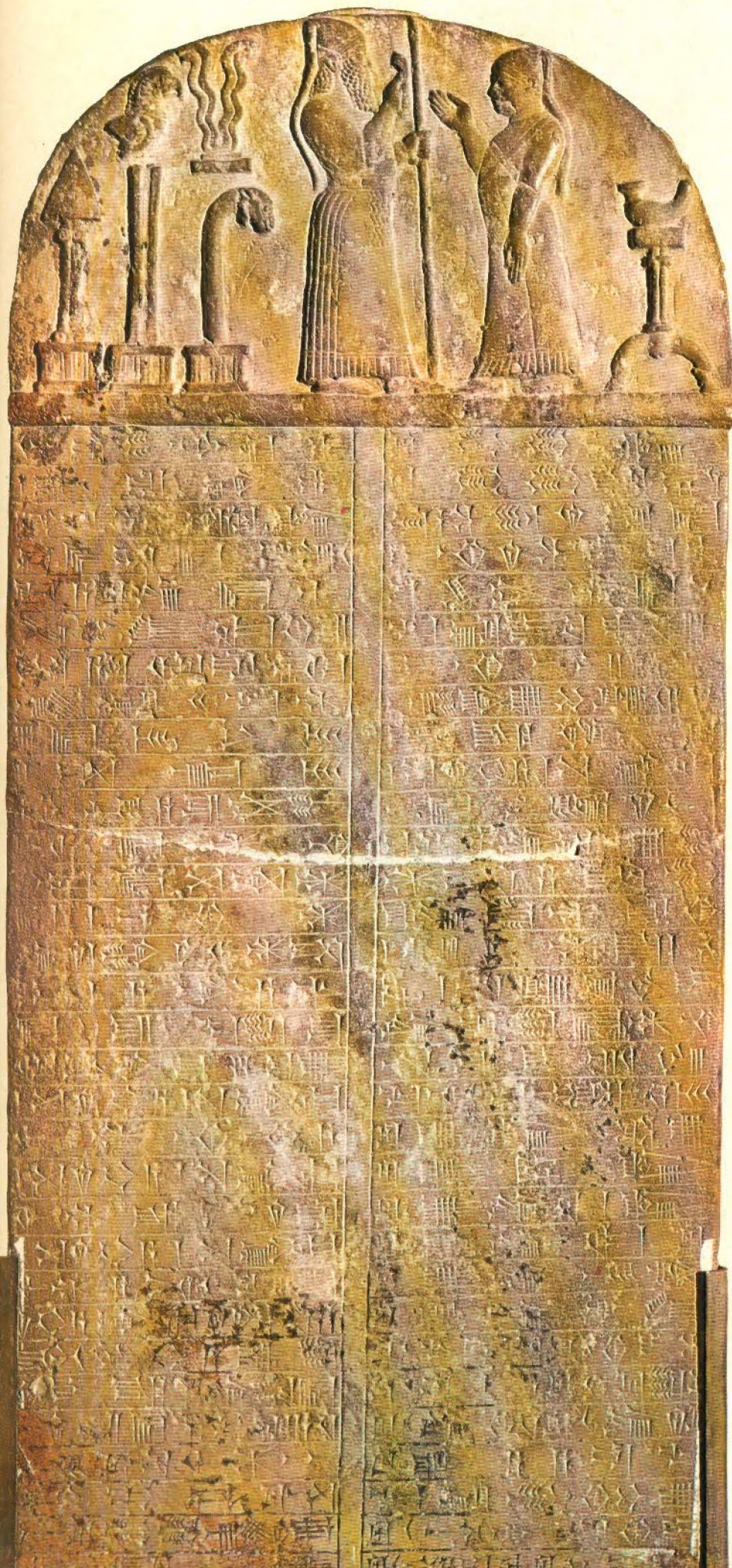
dirigió contra Asiria y debió de castigar duramente a Teglatfalasar, pues se llevó a Babilonia las estatuas de algunos de sus dioses, entre ellas las de Adad, que no recuperó Asiria hasta 400 años más tarde. En otra segunda expedición ya no parece haber sido Marduk-Nadin-Akhi tan afortunado, y por fin Teglatfalasar se atrevió a hacer una incursión devastadora en las tierras del Sur. Después del esfuerzo realizado por Teglatfalasar I, Asiria parece mantenerse en sosiego por más de tres siglos sin extender sus conquistas, pero sin perder terreno tampoco, hasta que Aurnasirpal II, en 884 a. de J. C., recomenzará las agresiones. Con él los pueblos de Asia aprenderán a temblar. Abundante material histórico nos permite seguir casi día por día los acontecimientos. Una magnífica inscripción en alabastro, de 389 líneas, nos refiere en tono épico la historia de las campañas de Aurnasirpal y, por si esto no fuera bastante, dieciocho textos más completan la información. Y aunque la índole de este libro no permite narrar la historia de un monarca ni perder tiempo reseñando sus crueldades, de todos modos los documentos de Aurnasirpal nos describen tan perfectamente el tipo humano y la psicología de los asirios, que debemos molestar al lector puntualizando este desagradable episodio de la historia del mundo. Aurnasirpal empieza su reinado con una campaña devastadora para sojuzgar a los pueblos conquistadores, que se resisten a enviar el debido tributo. Se dirige primeramente al Norte y coge "en su red" a los rebeldes; después cuenta su botín en caballos, plata, oro, plomo, cobre..., manda degollar a doscientos sesenta prisioneros y con sus cabezas levanta una pirámide; quema y destruye ciudades... El hijo de un jefe rebelde es despellejado y la piel extendida y clavada en los muros de su propia fortaleza. Esta es la primera campaña; la misma historia se repite cada año. En una ocasión, los jefes rebeldes se acercan al monarca asirio para decirle: "Si tal es tu voluntad, mátanos. Si es tu voluntad, viviremos. Lo que tu corazón desee, será". Pero ni esta entrega incondicional satisface al conquistador, que manda cortar las piernas a todos los jefes enemigos, los magnates son despellejados y la ciudad arrasada. En sus marchas y contramarchas, Aurnasirpal cuida de hacer grabar estelas e inscripciones que perpetúen el recuerdo de su paso y construye palacios de gobierno en los países conquistados. "En la barranca del río Supnat mandé esculpir mi retrato al lado del de Teglatfalasar", y en Suri "hice grabar una poderosa imagen de mi real persona e inscribí en ella mis títulos y poder y gloria y la puse dentro del palacio... También



Relieve de un personaje de la corte del rey Aurnasirpal II, procedente del palacio de Kalah (Museo del Louvre, París). Este rey, uno de los primeros del segundo imperio asirio, construyó los palacios de Nínive y Kalah, de los que han llegado a nuestros días numerosos relieves e inscripciones.

hice grabar relieves con inscripciones en mi honor y gloria y los puse dentro de la puerta de la ciudad". Tenemos abundantes retratos de Aurnasirpal que nos lo representan en todos los momentos de su vida: en el harén, en funciones de gran rey o de príncipe sacrificador. La fisonomía no desdice de lo que nos hacen suponer las crónicas de sus campañas.

Las campañas de devastación y saqueo de los monarcas asirios le procurarían enormes riquezas, pero no el regular ingreso de un estado civil. Se ha comparado la riqueza de Asiria con el oro que los españoles importaban de América, que produjo más daños que real prosperidad. La misma afluencia de metales preciosos debió de aumentar el valor



de los productos agrícolas y los monarcas asirios tuvieron que intervenir a menudo para regular el mercado. Pero no fue esto lo peor; lo más terrible era que, para cobrar violentamente los tributos, el déspota asirio tuvo que mantener un ejército, que a su vez, para pagarlo, imponía nuevas campañas devastadoras. La noticia de que un súbdito rehusaba enviar su contribución anual debía de ser recibida con satisfacción por los capitanes asirios. Asiria es, en realidad, el primer caso de militarismo que podemos estudiar a fondo. Al principio, los ejércitos de Asiria debían de estar formados por sus propios súbditos, pues el tipo semita predomina en los relieves de las campañas, pero más tarde hubieron de agregárseles voluntarios y mercenarios, que esperaban hacer su fortuna combatiendo por Assur. Los documentos mencionan a menudo desertores que hay que castigar y que eran extranjeros; por ello los jefes del ejército, oficiales y veteranos, fueron asirios. El rey era, en tiempo de guerra, el primer soldado: lanzaba la primera flecha a la ciudad sitiada, que por ser del monarca tenía valor mágico. Los reyes acompañaban la expedición a lugares montañosos y difíciles, que no serían agradables de transitar. A sus órdenes estaba el *turtán*, o gran visir, con facultades casi reales, como el visir de Turquía; además, un segundo y un tercer visires ayudaban especialmente en las negociaciones para cerrar un tratado, fijar el tributo y capitulaciones. El ejército estaba dividido en grupos de cincuenta unidades; cada unidad constaba de un soldado lancero y de otro soldado arquero, de manera que el grupo era de un centenar, acompañado de varios carros y caballos. Estos soldados debían de estar acostumbrados a marchas fatigosas y habituados a las terribles escenas de sangre y fuego que eran el final de todas las campañas. A hombres así no se les podía tener inactivos, había que luchar siempre, aun para prevenir revoluciones y guerras civiles. Por esto Salmanasar III, que sucede a su padre Aurnasirpal, dirige él en persona veintiséis campañas, además de las que confió a su *turtán*, llamado Assur-Dayán.

He aquí las propias palabras de Salmanasar III, explicando la campaña del

Estela de Marduk-sakir-shum, rey de Babilonia, en ayuda del cual acudió Salmanasar III, el batallador monarca asirio de la segunda mitad del siglo IX a. de J. C. (Museo del Louvre, París).

LA GUERRA EN EL IMPERIO ASIRIO

En la gran época de desarrollo del derecho internacional (siglos XV-XII a. de J. C.), la guerra había quedado sometida a reglas precisas que disminuyeron sus desastrosas consecuencias: desde Tutmosis III, las ciudades tomadas no eran destruidas ni asesinadas en masa las poblaciones; el saqueo había sido sustituido por una contribución de guerra.

El hundimiento de la hegemonía egipcia, las invasiones de los pueblos del mar, habían dado nueva vigencia a los antiguos sistemas. El período de decadencia que entre los siglos XII y IX había hundido a Asia en el feudalismo hizo desaparecer la costumbre de las relaciones diplomáticas constantes.

La edificación de una nueva unidad imperial del Asia Anterior por los asirios no tuvo como consecuencia, como en el caso de los imperios babilónico y egipcio, una restauración del sistema de guerra limitada, sino que aquellos desarrollaron las costumbres guerreras de la época de los pueblos del mar.

Los reyes de Asiria inauguraron el principio de la guerra total como elemento esencial en la edificación de su imperio.

La declaración de guerra, costumbre que había subsistido, fue suprimida para poderse beneficiar de la sorpresa de los atacados.

Las relaciones diplomáticas fueron utilizadas como sistema de espionaje.

La técnica más moderna fue aplicada al ejército, al que se dotó de potente armamento ofensivo y defensivo.

El terror se convirtió en medio de conquista: los soberanos eran asesinados, las poblaciones ejecutadas en masa y los prisioneros torturados hasta la muerte; colonias asirias sustituir a los pueblos destruidos, cuyos supervivientes eran deportados.

El Imperio asirio fue esencialmente distinto al babilónico o egipcio, en cuanto que la guerra y el saqueo no fueron un medio, sino un fin en sí mismos.

Vista frontal del obelisco de Piedra Negra, que conmemora las hazañas del gran rey asirio Salmanasar III, hallado en las ruinas del palacio de Kalah (Museo Británico, Londres). Los relieves laterales ilustran la servidumbre, desconocida hasta el hallazgo del obelisco, del rey de Samaria Jehú, triunfador en la Biblia, a Salmanasar III de Asiria.

año 854: "En el día 14 del mes de Airu (el segundo mes de la primavera), crucé el Tigris y me acerqué a las ciudades de Giammú y de Balik. El terror de mi nombre y el poder de mis armas las llenaron de espanto, y con sus propias manos los habitantes mataron a su rey. Puse mis dioses en sus templos y festejé en sus palacios. Abrí sus tesoros y sus riquezas y envié sus dioses a Assur. De allí partí cruzando el Eufrates durante la inundación, en barcos hechos con cueros hinchados. Recibí el tributo de los pueblos del otro lado del Eufrates y llegué a Kalman (la moderna Alepo). Sus habitantes temieron a mis huestes y se abrazaron a mis pies. Plata y oro recibí como tributo. Ofrecí sacrificios a Adad, el dios de Kalman (lo que prueba que Adad se veneraba en Alepo también)... Capturé Adana, Pargú y Argana, la ciudad real; gané botín, dioses y posesiones. Después incendié sus palacios y partí. De Argana fui a Karkar, la ciudad real; la saqué, destruí y quemé; 1.200 carros y 1.200 caballos tomé. Vinieron 20.000 hombres de Damasco con 700 carros y 700 caballos; de Hamath, 10.000 hombres con 2.000 carros; de Ahab el israelita, 10.000 hombres, etc. Con el poder que Assur me dio, peleé contra ellos y los derroté. Maté 14.000 guerreros; como el dios Adad, hice llover destrucción sobre ellos y esparcí por el campo sus cuerpos. No había bastante lugar para los muertos;

con ellos cegamos el curso del río Orontes, hicimos una presa de cadáveres..."

En estos términos explica Salmanasar la batalla llamada de Karkar, junto al Orontes, donde, según se ve, tuvo que luchar contra un ejército compuesto de todos sus enemigos del Oeste. Hasta debía de haber árabes, porque habla de un contingente de camellos, pero Hamath, Damasco e Israel formarían el núcleo principal de la alianza. No hay duda que la batalla hubo de ser una victoria para Salmanasar, aunque en la inscripción del famoso obelisco de basalto negro, que es la que hemos copiado, los enemigos muertos, como habrá visto el lector, fueron 14.000; en otra inscripción del propio monarca su número se ha elevado hasta 20.500; en una tercera, grabada en un toro, la cifra es 25.000, y por fin, en un cuarto documento del Museo de Berlín, se ha hinchado hasta 29.000. No consta, en cambio, el número de pérdidas; por lo que se ve, el sistema de abultar las victorias de ciertos imperios es muy antiguo.

A pesar de esta gran victoria junto al Orontes, no parece haber conseguido Salmanasar III imponer su autoridad en Siria y Palestina. Debí de recibir tributos, pero los reyes de Damasco, de Samaria y de Jerusalén continuaron gobernando sus estados. En cambio, la fortuna le favoreció por el Sur. Salmanasar estaba en buenas rela-





Estela conmemorativa del rey de Babilonia Marduk-balatsu-ikbi, sucesor de Marduk-sakir-shum, con el que también tuvo contacto de armas el rey asirio Salmanasar III (Museo Británico, Londres).

ciones con el rey de Babilonia, tanto, que a la muerte de éste, su hijo y sucesor llamó a Salmanasar para que le ayudara a someter a su hermano, que se había rebelado. Cabe suponer con qué satisfacción debió de recibir Salmanasar la propuesta de intervenir en los asuntos de Babilonia. Esto era en 852 y hasta entonces Babilonia había sido respetada por los monarcas asirios. Salmanasar entró en la gran capital no como enemigo, sino como defensor del dios Marduk. Después de haber pacificado el reino del Sur, Salmanasar resultó ser, naturalmente, el protector de su aliado, el joven rey de Babilonia, lo que, dado el carácter de los monarcas asirios, en realidad significaba una inmediata anexión.

Es interesante que en este reinado aparecen recuerdos históricos de la famosa Semíramis, la fantástica reina de que tanto hablaron los escritores griegos y que aún recuerdan los beduinos del desierto. En Assur se encontró una estela con la siguiente inscripción: "En honor de Semiramis, la señora del palacio, esposa de Sam-si-Adad, madre de Adad-Nirari, nuera de Salmanasar, el rey de los cuatro ángulos de la tierra". Según la leyenda, Semíramis, en los orígenes de Asiria, fue la esposa de Nino, el fundador de Nínive, y al quedar viuda fundó ella a su vez Babilonia. ¡Cuán lejos está todo esto de la realidad! Semíramis, como Rolán y el Cid, fue un personaje histórico, documentado hoy con la inscripción que

EL PROCESO DE UNIFICACION CULTURAL DEL CRESCIENTE FERTIL EN LA EPOCA DEL IMPERIO NUEVO ASIRIO

Un indudable efecto de la constitución del vasto Imperio asirio fue la tendencia a realizar cierta unificación lingüística y cultural en Mesopotamia, Siria y regiones limítrofes.

Causas fundamentales:

El sistema de deportaciones masivas, utilizado ampliamente por los asirios para truncar las veleidades de independencia de los pueblos vencidos.

La instalación de los pueblos hostiles en regiones apartadas del Imperio consiguió incluso anular la misma individualidad étnica, provocando la fusión y asimilación de las poblaciones.

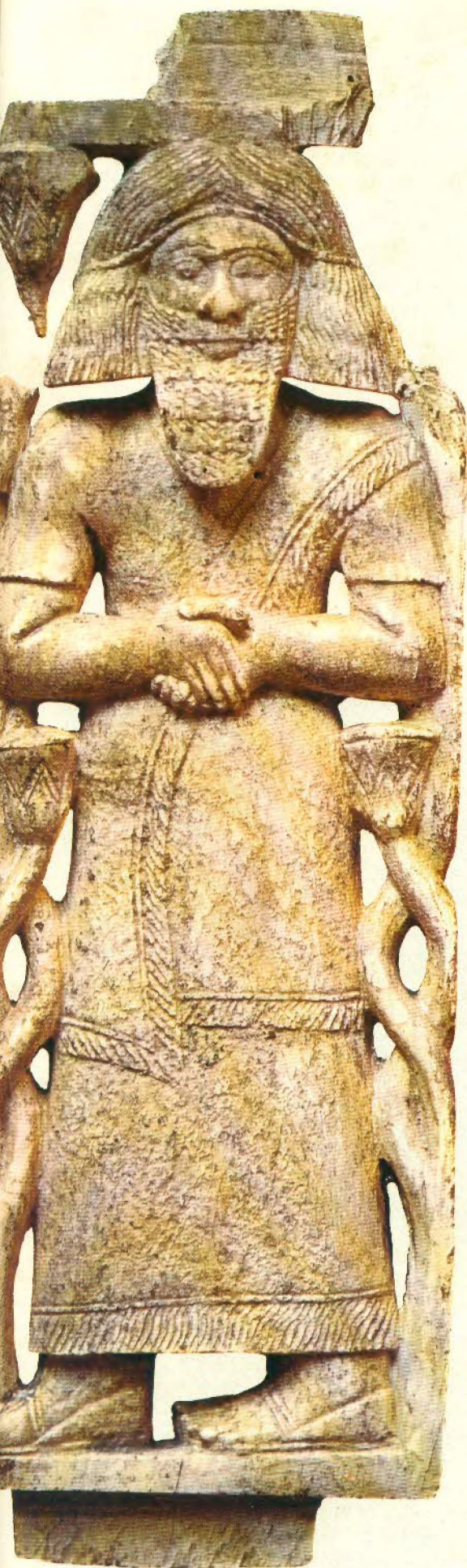
Las colonias asirias instaladas en los territorios de los pueblos deportados actuaron también en el sentido de una unificación cultural y étnica, ya que estaban integradas frecuentemente por elementos arameos: la colonización fue uno de los vehículos de difusión de los elementos culturales arameos y creó una unidad cultural alrededor de este pueblo.

La expansión del elemento étnico-lingüístico arameo desde Siria hacia Mesopotamia, Palestina y regiones próximas, constante desde principios del I milenio.

El arameo se convirtió en el idioma hablado por toda Mesopotamia y Siria durante la época de los últimos soberanos asirios y empezó a difundirse en todas direcciones.

Aunque los textos continuaron siendo escritos en acadio hasta la era helenística, la nueva lengua "común" del Próximo Oriente ya no fue el antiguo idioma mesopotámico, sino el arameo; el Imperio persa lo utilizará como una de sus lenguas oficiales.

Quizá la modificación cultural más profunda del Creciente Fértil durante el I milenio fue la generalización del elemento arameo, que volvió a crear un nuevo equilibrio étnico-lingüístico, gracias en parte a las condiciones creadas por el Imperio asirio.

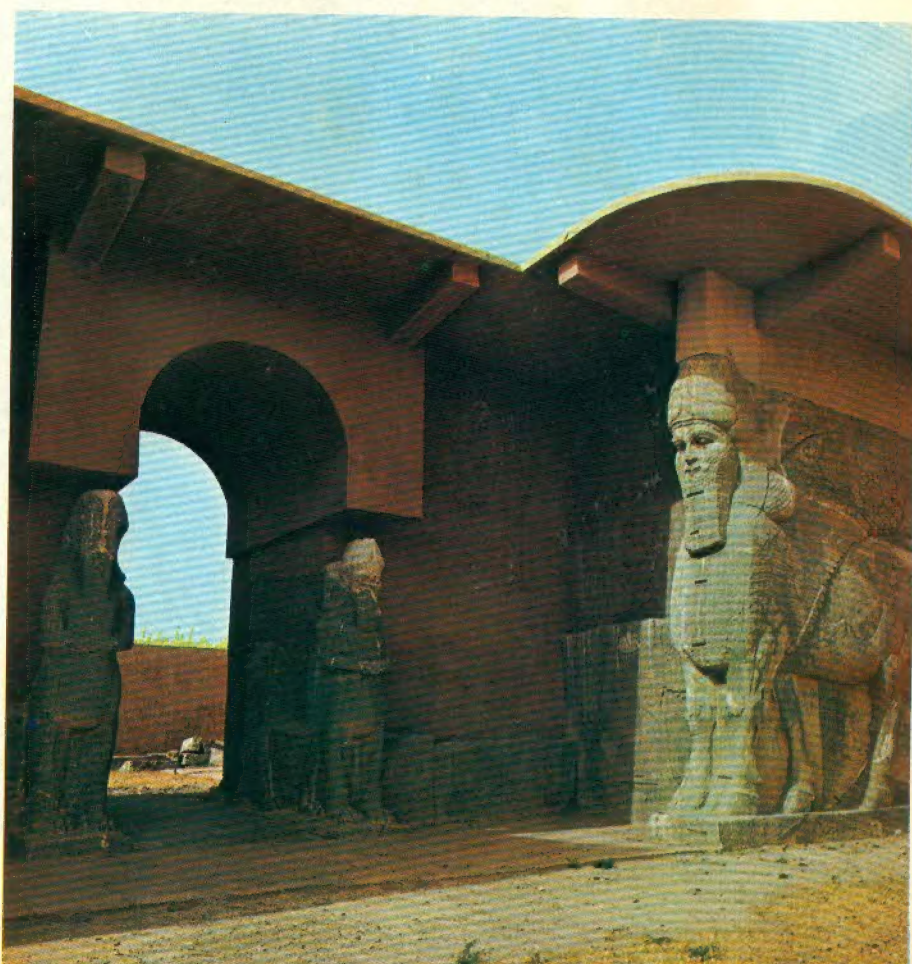


Representación, sobre tableta de marfil, del rey Hazael, usurpador del trono de Damasco, quien, primero al frente de una confederación y luego sin ningún aliado, opuso gran resistencia a Salmanasar III, sin poder evitar la derrota a manos del ejército asirio (Museo del Louvre, París).

hemos copiado y aun con otra de algunos años más tarde, en la que Semiramis, o Semíramis, es llamada todavía la señora del palacio. Semíramis debió de ser una princesa babilónica que Salmanasar procuró ganar para su hijo, la cual, debido a su superior educación, su tacto y arte para la vida, y aun acaso a su belleza, consiguió ser no una simple manceba del harén, sino una verdadera reina. Sus consejos debieron de ser atendidos por su suegro, su esposo y su hijo, y su reputación, recordada en inscripciones (acaso mal interpretadas por los persas más tarde), dio lugar a la leyenda de una semidiosa fundadora de Babilonia, constructura, guerrera, maestra en el amor.

Acaso esta intervención de una mujer en el gobierno del estado contribuyera a la degeneración de la dinastía fundada por Teglatfalasar I. Esto explicaría, por lo menos, la serie de reinados cortos y sin brillo de los

Toros alados, guardianes de la entrada del palacio real de Kalah que se levantaba en la actual Nimrud, Irán.



EL REINO MITANNI

Hablar del reino mitanni plantea al historiador moderno gran cantidad de problemas provenientes de la carencia de fuentes. Sabido es que las afirmaciones históricas sólo tienen valor cuando se pueden demostrar con documentos. El primer grave problema que el historiador debe resolver es el de la identidad del pueblo mitanni. ¿Quiénes eran en realidad los mitanni? Unos historiadores los han identificado con los hurritas, habitantes del país de Hurri. Otros los han definido como un núcleo político que en el curso del II milenio a. de J. C. se desarrolló en el país de los hurritas, eclipsándolos, sin lograr, empero, la estable unificación del país que habitaban. Otros han querido ver en el seno de una realidad étnica, identificada con Hurri, una organización política llamada mitanni. En la actualidad, los documentos relacionados con los orígenes de este reino permiten afirmar que un grupo indoario, mezclado con los hurritas desde hacía tiempo, en un momento dado supo imponerse a las poblaciones hurritas de la Alta Mesopotamia y formar el reino mitanni.

Hasta el momento presente, nada se ha hallado relativo a la política de los reyes mitanni, si bien conocemos algunos aspectos de sus campañas exteriores gracias a textos egipcios e hititas que hablan de ellas. Agrava aún más el problema el hecho de no haberse encontrado restos de ninguna residencia de reyes mitanni. Sólo los nombres de cinco de éstos nos son conocidos e incluso son difíciles de fijar cronológicamente. Sobre el declive del reino mitanni se ha hallado alguna información en los archivos de Tell el-Amarna. Basados en todas estas fuentes, he aquí la historia que en la actualidad se puede narrar de este reino.

A mediados del siglo XVII a. de J. C., el territorio de Mesopotamia sufrió una profunda convulsión interior a causa de la llegada de pueblos invasores que destruyeron el equilibrio político del Asia occidental. Estas invasiones estaban motivadas por el empuje de las migraciones indoeuropeas, que hicieron temblar a todos los pueblos asentados desde Anatolia al Indo. Entre estos pueblos invasores estaban los hurritas, que se instalaron en la Alta Mesopotamia y norte de Palestina. Un siglo después, los elementos hurritas y semitas que habían dominado esta región

estaban mandados por una aristocracia indoeuropea que formó el nuevo estado mitanni. Las circunstancias que permitieron la aparición de este nuevo estado nos son desconocidas. Sólo conocemos el resultado final del proceso, es decir, el estado ya constituido. Y hemos de admitir, por los nombres contenidos en los textos de los siglos XV y XIV a. de J. C., hurritas unos, y otros indoarios, que en la época de la formación del reino mitanni no había aún acabado la ósmosis entre estos dos grupos étnicos.

Fue un estado poderoso el de los mitanni, asentado en los territorios de Asiria y la región de Alepo. Su sociedad, estructurada según el sistema feudal, estaba formada por una gran masa de población agrícola y artesana, dominada por una caballería de origen indoario. Territorialmente, el reino mitanni comprendía un núcleo humano, centrado en la capital, Washukana, y gobernado directamente por el rey, y varios reinos vasallos situados, los más conocidos de ellos, en las tierras de la desembocadura del Orontes. Los soberanos de estos reinos vasallos no gozaron nunca de gran independencia. El más conocido de ellos es Asiria, cuya absorción por los mitanni antes de mediado el siglo XV-a. de Jesucristo sigue siendo inexplicable, aunque muy poco antes Asiria había vivido tiempos de auge político.

En la frontera sudeste del reino, los mitanni tuvieron que contener los ataques de la Babilonia kasita, que, en verdad, nunca lograron inquietar su política. No sucedió igual en la frontera occidental, lindante con Siria. Por allí llegaron las graves amenazas, primero de Egipto y luego de los hititas. A partir de 1470 a. de J. C., los egipcios comenzaron una campaña de dominación de Palestina y Siria cuyo objetivo eran las tierras del Alto Eufrates. Primero fue Tutmosis III, quien en la frontera siro-mitanni se enfrentó con los ejércitos del rey mitanni Sausatar y hubo de retirarse. Tampoco su hijo Amenofis II pudo ocupar el norte de Siria.

No mucho después de estos fracasos egipcios, hacia 1450 a. de J. C., el reino hitita, asentado en la región de Anatolia, había puesto fin a un largo período de crisis y disensiones internas, logró estabilizar la autoridad de la realeza, que empezaba a ser hereditaria, y comenzó una dura lucha por la posesión de Siria. Esta amenaza

hitita obligó a los soberanos mitanni a adoptar una política exterior de acercamiento a Egipto, que no debió gustar al pueblo. Quizás ésta fue la causa de que, hacia 1400 a. de J. C., Dushratta diera un golpe de estado y se proclamara rey de los mitanni. Sin dilación, emprendió las guerras contra Egipto y los hititas y pronto vio nuevamente consolidada la influencia mitanni en Siria.

Pero este afán nacionalista no duró mucho tiempo. Disensiones en el seno de la familia real debilitaron este espíritu de lucha y favorecieron las relaciones amistosas con otros estados. La primera mitad del siglo XIV se caracterizó por la política de acercamiento a Egipto, que culminó con el casamiento de Amenofis IV con una princesa mitanni. Este momento de debilidad tuvo consecuencias irreparables para el reino mitanni. El rey hitita Supiliuma atacó a Dushratta, que hubo de huir y murió asesinado. Su sucesor, Mattivaza, ha de ser considerado ya como un vasallo del reino hitita. Por su parte, Asur Ubalit, rey de los asirios, emprendió la ocupación del territorio mitanni, que, tras muchas vicisitudes, desapareció como reino hacia mediado el siglo XIII a. de J. C., cediendo a los ataques del asirio Salmanasar I y sus sucesores. Así desapareció de la escena histórica este reino.

La civilización mitanni, que sólo conocemos por documentos de los países limítrofes, debió de ser muy brillante, pero excesivamente compleja, formada por un sustrato hurrita más el complemento de tradiciones culturales arias, babilonias y amoritas. Las manifestaciones de su vida artística nos son también escasamente conocidas. Su arquitectura, evolución de la babilónica, adoptó formas de gran originalidad. Destaca, entre estas formas, la aparición del pórtico. Reactivaron el uso de la cerámica pintada, y muy posiblemente fueron ellos los primeros que usaron el esmalte. En decoración mostraron una clara predilección por las figuras híbridas.

En el panteón de sus dioses tenían cabida, sin ninguna diferenciación, divinidades hurritas, como Teshub, dios de las tormentas, y su esposa Hepa, junto a dioses arios, tales como Mitra, Indra y Varuna.

V. G.

sacerdotes de Salmanasar y la revolución que puso en el trono a un advenedizo, que tomó el nombre del gran conquistador Teglafalasar, llamándose Teglafalasar III. Sería éste un jefe del ejército, y no de sangre real, pues aunque en los anales habla de "los reyes mis padres", no dice cuáles, por lo que es evidente que se refiere a ellos por-

que le conceden el derecho de ser, como todos los monarcas asirios que le precedieron, el representante de Assur sobre la tierra. La revolución que puso a Teglafalasar III en el trono no debió de ser muy cruenta, y el nuevo monarca se sentiría muy seguro de su autoridad cuando, habiendo sido coronado en mayo del 745, ya en el

mes de septiembre del mismo año emprendía su primera campaña contra Babilonia. Inútil repetir una vez más el relato de estas expediciones. Teglatfalasar III procede como buen monarca asirio. En la campaña contra Damasco se alaba de haber destruido 591 ciudades, cuyos habitantes fueron trasladados a Asiria. El sistema de los trasplantes de colonias, que habían iniciado sus antecesores, se va repitiendo en mayor escala a partir de esta época. Es un hecho que ha impresionado a la humanidad extraordinariamente, porque los israelitas más tarde fueron víctimas de este régimen de deportación en masa. La Biblia nos ha predisuesto ya a abominar de los asirios, que empezaron por arrojar a muchos judíos de Palestina para establecerlos en otros países del Oriente. Pero aun en la Biblia no podemos comprender todo lo fatal del sistema, porque ella nos transmite sólo el clamor de las víctimas; hay que añadir a los males de los deportados, el daño que sufrió con estas deportaciones el propio conquistador. Sus tierras estaban



Relieve asirio del siglo VIII a. de J. C. que representa la torre superior de una fortaleza asediada en la que hay dos vigías y dos defensores (Museo del Louvre, París).



Detalle de un relieve del palacio real de Kalah que representa el carro de batalla del rey asirio Tiglat Pileser III, que reinó de 746 a 727 a. de J. C. (Museo Británico, Londres). Este monarca elevó el poder de su nación por encima de los países vecinos, con lo cual puso fin a una seria crisis política por la que había pasado Asiria en los años anteriores.

llenas de grupos de gentes descontentas que sufrían la nostalgia del país natal, que, idealizado por la distancia, se lo imaginaban manando leche y miel, y odiaban a la nueva patria, impuesta por un tirano, aunque fuera a veces mejor que su propia tierra natal. La caída de Asiria, y aun la de Babilonia, fue facilitada por los deportados, que ayudaron a los medos y a los persas en sus excursiones triunfales.

Pero no anticipemos los acontecimientos, que Asiria no ha llegado aún al apogeo de su poder. A Teglatfalasar III sucede Salmanasar V, y después de su reinado, que duró sólo cinco años, una nueva revolución, probablemente dirigida esta vez por el clero, puso en el trono a Sargón II. A este Sargón de Asiria le llamamos Sargón II para no confundirlo con Sargón de Agadé, el fundador del primer imperio semítico, del que hablamos antes.

Acaso porque no se sentía seguro en el viejo alcázar de Assur, amenazado por restauraciones dinásticas, Sargón construyó un palacio de nueva planta junto a Nínive. Los textos cuneiformes le llaman Derr Sarukín y los árabes modernos Khorsabad o castillo del señor. Había allí antes una aldehuela con rústicos habitantes que hubo que expropiar, abonándoles el precio que habían pagado al instalarse ellos o sus antepasados. Tenían que presentar para ello los títulos de propiedad, las tabletas con los sellos.

El terreno arcilloso ofrecía excelente material para hacer ladrillos; era, además, fértil, a propósito para plantaciones de palmeras, olivos, higueras y granados. No lejos había canteras de alabastro y caliza blanda que podían servir para tallar relieves. En sus crónicas, Sargón menciona a menudo las obras del nuevo palacio. Explica con cierto orgullo que a ninguno de sus antecesores se les ocurrió aprovechar aquel lugar. "Yo medité el plano de la ciudad día y noche y escogí para empezar la construcción un mes y un día con favorables augurios. En una fiesta de ayuno llené el canasto de tierra para fabricar el primer ladrillo de las obras."

Obsérvese en este texto que Sargón habla de una ciudad, no sólo del palacio. Es debido a que éste tenía barrios planeados al mismo tiempo que la residencia real. El que se alabe el propio rey de ser el arquitecto recuerda la vanidad que puso Adriano en ser el que realizó los planos de sus obras, por-



La diosa Ishtar sobre el león, relieve asirio del siglo VIII a. de J. C. (Museo del Louvre, París). Esta diosa, la segunda divinidad del panteón de Asiria, después del dios Assur, del cual es esposa, tiene una personalidad eminentemente guerrera. A menudo se la representa con un arco o espada en la mano y un carcaj a la espalda.

que el emperador romano tuvo también la misma ansia de edificar que Sargón de Asiria. Pero del mismo modo que sabemos que el arquitecto de las edificaciones de Adriano se llamaba Apolodoro y el emperador sólo colaboró en ellas con ideas, sabemos que el arquitecto de Sargón se llamaba Tabsar-Asur, que sería un técnico más científico que el monarca conquistador. Las ruinas de Khorsabad se encontraron en buen estado, porque el castillo residencial real no fue reconstruido al acabar la dinastía de los sargónidas, y la exploración metódica ha permitido restaurar con bastante precisión la planta y aun el alzado de aquel gigantesco palacio.

Pero Sargón no perdió mucho tiempo en el placer de construir que sienten a menudo los potentados. En el primer año del reinado de Sargón II, el 722 a. de J. C., cayó

Representación en bronce de una divinidad asiria de pie sobre una pilastra (Museo del Louvre, París)





Columna de prisioneros conducidos al destierro por un grupo de soldados (Museo del Louvre, París). Tiglat Pileser III deportó a los habitantes de muchas de las regiones conquistadas y sustituyó a los reyes vencidos por gobernantes asirios.

Samaria, la capital del reino de Israel, y 27.290 de sus habitantes fueron transportados al sur de Babilonia, sin contar las ejecuciones en masa. Hamath, en Siria, hubo de ser conquistada de nuevo, Karkar incendiada y su rey despellejado; Gaza fue tomada otra vez y su rey enviado a Asiria. El único que se libró del castigo fue el reino de Judá, con su capital Jerusalén, que se sometió a Asiria.

Cuando tuvo al Oeste aterrado con sus castigos, Sargón II volvió la vista al Nordeste, a las tierras altas de Armenia y a lo que quedaba del país de los hititas, en el valle alto del Eufrates. Del mismo modo que los pueblos del Oeste habían sido trasladados a la Mesopotamia, los habitantes de las tierras altas tuvieron que sufrir la deportación, para llenar los huecos que la política asiria había dejado en Siria y Palestina. Karkemish fue poblada con colonos asirios y todavía hoy sus habitantes poseen el correcto perfil de los relieves de Nínive y Assur. Grupos de pobladores de la Media fueron llevados a Damasco. Asiria pretendía y conseguía desmoralizar de tal manera la vida nacional de los pueblos vecinos, que no les quedaban deseos de rebelión. Pero ya hemos dicho que

esto no fortalecía al estado conquistador, aunque se cambiara el nombre del país conquistado, se le llamara provincia asiria y se le pusiera un gobernador extranjero. Aun levantando un templo a Assur y una estela con el retrato del monarca, el país continuaba siendo hostil a Asiria.

Sargón II continuó sus conquistas y, después de una larga y penosa campaña en el delta del Eufrates, pudo proclamarse rey titular de Babilonia en 709 y tomar en sus manos las del dios Marduk para que le adoptara por su regente en la tierra. El Asia estaba pacificada, pero comprendiendo bien Sargón que el mayor peligro para Asiria estaba en el Nordeste, lo que llamaríamos hoy el Turquestán, el año 706 marchó contra los escitas, que empezaban a mostrarse amenazadores. El año 705 moría Sargón II en una escaramuza contra estos bárbaros nómadas, y aun parece que su campamento fue saqueado. Pero medos y escitas, que más tarde debían acabar con Asiria, no estaban todavía preparados para aprovecharse de esta victoria. El cuerpo de Sargón II fue rescatado y, según una de las versiones que poseemos, enviado a Nínive, donde su hijo

Genio con máscara de águila y alas postizas rociando de polen las flores femeninas del altar con la púa masculina (Museo del Louvre, París).



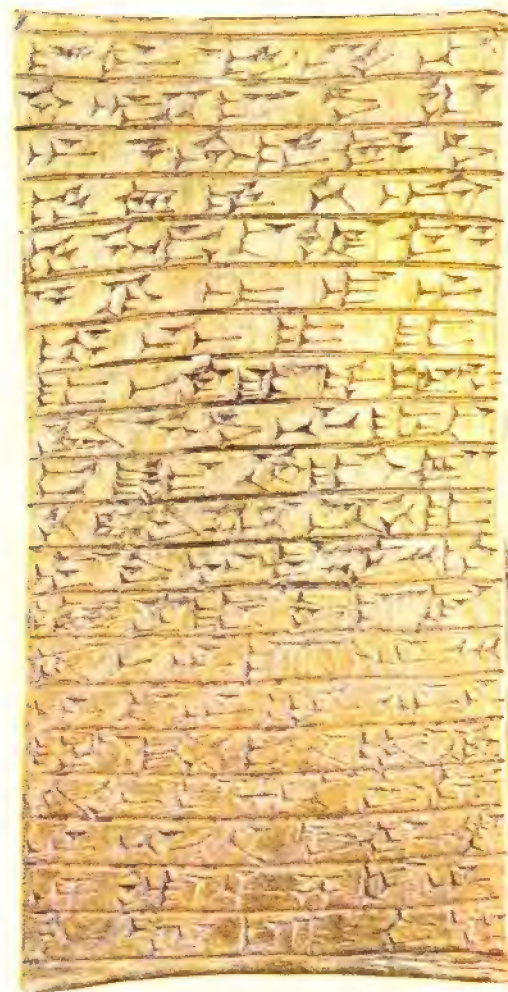


El rey asirio Sargón II según un relieve del palacio real de Khorsabad (Museo del Louvre, París). Apenas ascendido al trono, este monarca, cuyo reinado duró desde 721 a 705 a. de J. C., conquistó el reino de Israel, tomó su capital, Samaria, y deportó a sus habitantes para evitar posteriores sublevaciones. Tras un reinado de guerras constantes, tomó Babilonia en 710 y se proclamó rey. Cinco años más tarde moría asesinado.

Senaquerib lo enterró con todos los honores; pero otra crónica dice, sin embargo, que "no fue sepultado en su casa".

A la muerte de Sargón II, dos problemas se presentaban a su sucesor: el primero era cómo debía gobernarse a Babilonia, que Sargón había anexado a Asiria; el segundo era el de castigar a Egipto, en el que ponían su esperanza los rebeldes del Oeste, como leemos en la Biblia. Por lo que respecta a Babilonia, el hijo de Sargón II, Senaquerib, adoptó una política brutal, sin miramiento alguno. Nada de establecer una monarquía doble y, aunque fuese simple ceremonia, irse a coronar en Babilonia y estrechar las manos de Marduk, como hiciera su padre. Nada de eso. Babilonia fue

Inscripción cuneiforme en una placa conmemorativa de la fundación del palacio de Khorsabad (Museo del Louvre, París). Al final de su reinado, Sargón II edificó la ciudad de Derr Sarukín, que más tarde se llamó Khorsabad. Lo más destacado de esta ciudad fue el palacio real, en el que hay numerosos relieves que ilustran las campañas de este rey y la vida de la corte.



tratada como una provincia asiria, sin consideración a su glorioso pasado, a sus prerrogativas de capital, a su sacerdocio omnipotente.

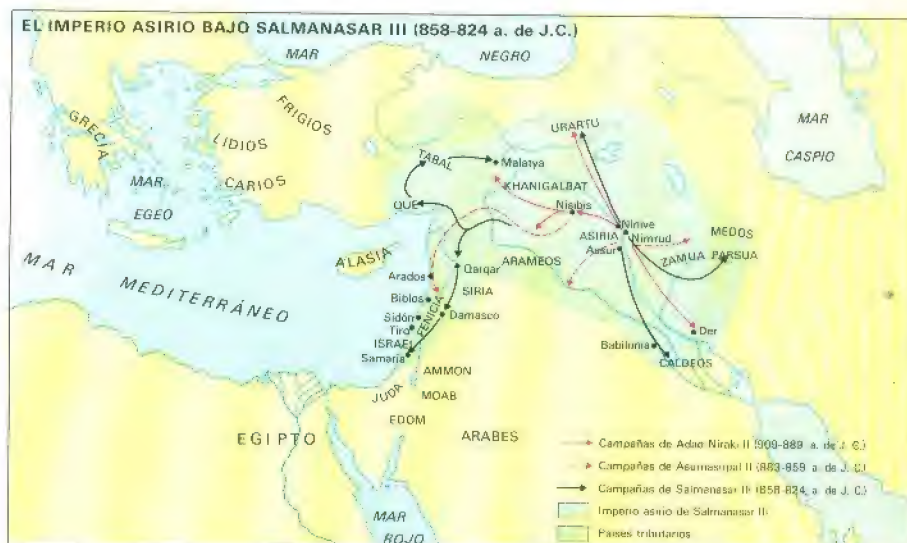
Resultado de ello fue una rebelión en que todo el pueblo tomó parte y un hombre de oscura condición, llamado en un documento "el hijo del esclavo", fue coronado rey. Otro pretendiente de familia real, Merodac Baladán, a quien había combatido ya Sargón II, se levantó en el delta y envió mensajeros al rey Ezequías, de Jerusalén, incitándole a rebelarse también. Probablemente se trataría de hacer intervenir a Egipto en esta coalición, ya que por fuerza tenía que ver con recelo el faraón los peligros del crecimiento de Asiria. En una primera campaña

*Lancero del ejército de Sargón II,
relieve del palacio de Khorsabad
(Museo del Louvre, París).*

contra Babilonia, Senaquerib tomó la capital, pero el astuto Merodac Baladán pudo escapar hacia Susa. El resultado fue, como siempre, acumular inmenso botín; la pacificación no se consiguió sino a medias y el descontento creció más y más.

Pero Senaquerib tenía que conjurar la grave amenaza que para él suponía la alianza de Ezequías de Jerusalén con el faraón. Con una marcha rápida, Senaquerib invadió la Siria, descendió a la Palestina y, sin atacar a Jerusalén, salió al encuentro del ejército que enviaba Egipto para socorrer a Ezequías. La batalla se dio en un lugar llamado *Altaku* en los anales de Senaquerib y *Eltehen* en la Biblia, que no ha podido identificarse todavía. Parece evidente que, a costa de grandes pérdidas, los asirios resultaron vencedores, porque, si bien no pudieron extremar la persecución de los egipcios, marcharon en seguida contra Jerusalén. Al ver llegar a los ejércitos de Senaquerib, comprendió Ezequías que no había esperanza y envió mensajeros al rey de Asiria, al que encontraron en su campamento de Lachish. Senaquerib pidióles, sólo para comenzar las negociaciones, treinta talentos de oro y ochocientos de plata, según dicen las crónicas asirias; trescientos talentos de plata, según la Biblia. Ezequías tuvo que despojar el templo y los palacios para obtener tan considerable suma, y después de obtenidos el oro y la plata, exigió aún Senaquerib la entrega a discreción de Jerusalén. "Encerré a Ezequías en su ciudad real, como a un pájaro en su jaula", dice el terrible conquistador. Pero Ezequías se resistió y los asirios tuvieron que marcharse sin tomar a Jerusalén, porque Babilonia se había rebelado otra vez. Ocurría esto en el año 700 a. de J. C., y entonces Senaquerib decidió satisfacer a los babilonios, enviando allí de gobernador a su propio hijo con el título de rey de Babilonia. Tampoco los viejos caldeos quedaron satisfechos con este soberano honorario que les mandaba el rey de Asiria, y seis años más tarde volvieron a rebelarse, con ayuda del dinero enviado por los babilonios deportados... Así los irlandeses luchaban hace poco contra Inglaterra con los fondos recibidos de los irlandeses de América.

Esta vez Senaquerib juró la destrucción de la ciudad santa. Se preparó con tiempo; hizo venir marineros de Chipre y Fenicia para que construyeran buques en el Tigris,



que se llevaron luego al Eufrates sobre rodillos y valiéndose de camellos. Esta armada pacificó el delta, pero por tierra los babilonios recibieron grandes auxilios de los emigrados y un inmenso ejército llegó del Elam. Claro está que los aguerridos veteranos del monarca asirio dieron pronto cuenta de estos patriotas voluntarios, y en 689 Babilonia fue tomada y destruida. No juzgue el lector que estas palabras sean metafóricas. No; la gran ciudad fue saqueada, incendiada y arrasada, lo mismo que uno de los pequeños pueblos de las montañas de Armenia que los asirios estaban acostumbrados a aniquilar. Lo que no destruyó el incendio, lo sepultaron las aguas; el curso del Eufrates

fue cambiado y cegado su cauce, para que lo que había sido una ciudad, quedara reducido a un pantano. Y para que nadie dudara de su suerte, Marduk, el famoso Baal de Babilonia, fue llevado prisionero a Asiria.

Las excavaciones que efectuaron los alemanes en el sitio donde estuvo asentada Babilonia han comprobado la veracidad de los relatos de Senaquerib cuando se alaba de la destrucción de la ciudad. Todo lo descubierto por la Sociedad Alemana del Oriente pertenece al período de las reconstrucciones llevadas a cabo un siglo más tarde por Nabucodonosor.

Senaquerib fue víctima de una conjuración de palacio y le sucedió su hijo Asarha-

EL EJERCITO ASIRIO

Desde antiguo, Asiria, la región montañosa del valle superior del Tigris, estuvo ocupada por un pueblo de robustos guerreros semitas. Los largos años que van desde el siglo XII al VIII a. de J. C. fueron de guerras continuas para el pueblo asirio, obligado a defender su territorio contra las peligrosas incursiones de turbulentos pueblos nómadas y empeñado en llevar a cabo una política de conquistas agresivas para sobrevivir en el maremagno del Próximo Oriente. Al final de este período, en el siglo VIII, la expansión asiria llegó a su apogeo con el reinado de los sargónidas. Medio siglo más tarde, el Imperio asirio dominaba prácticamente toda el Asia Menor, bajo el mando de unos reyes que, como Sargón II y Asurbanipal, han pasado a la historia como modelos de actividad guerrera y acierto político. Tanto la gloria alcanzada en estos siglos como el fracaso posterior los debe el Imperio asirio a su ejército.

A mediados del siglo VIII, el rey Tiglat Pileser III de Asiria restauró la autoridad e independencia del poder real con la creación de un ejército permanente, formado mayormente por un numeroso contingente de extranjeros que ocupaban incluso los puestos de mando. Hasta su reinado, la guerra había sido para los asirios tan sólo una ocasión de rapiña y de enriquecimiento fácil, por apropiación del botín. Tiglat Pileser III supo no sólo formar un ejército poderoso, sino también cambiar la ideología de la guerra. Desde su reforma militar, la conquista y ocupación permanente de nuevos territorios fueron fines por sí mismos.

La organización y composición del ejército asirio nos es conocida gracias a las representaciones de los bajos relieves que decoran la parte inferior de los muros de los palacios hallados en las excavaciones y a la literatura llegada hasta nuestros

días en las tablillas de arcilla. Entre estos testimonios escritos destaca una relación que hizo Sargón II al dios Ashur narrándole las incidencias de su campaña de 714 antes de J. C. contra Urartu. Por estos documentos sabemos que el ejército asirio estaba mandado por el rey en persona o por el primer dignatario de la corte, que recibía el nombre de *turtán*.

La infantería estaba dividida en unidades pesadas y ligeras. El uniforme de los componentes de la infantería pesada era el siguiente: pantalón, botas altas y túnica, sobre la cual llevaba una coraza que cubría el tronco y los brazos. La cabeza estaba protegida por un casco cónico con dos piezas laterales que resguardaban las orejas. Los soldados más característicos de esta infantería pesada eran los arqueros y los piqueros. Los primeros iban provistos de espada corta para usarla en los combates cuerpo a cuerpo, arco y carcaj con flechas colgado a la espalda. Los piqueros, elemento original de este ejército inexistente en los demás de la época, llevaban también espada corta y además lanza larga y escudo de metal o mimbre. Los miembros de la infantería ligera cubríanse de manera parecida a los de la pesada, pero sus armas eran más pequeñas y manejables.

La caballería, que empezó a utilizarse ordinariamente en el reinado de Sargón II, era la tropa de choque. En un principio, los caballeros iban provistos de arco y lanza, pero no llevaban escudo para resguardarse ni protección para el caballo. En las campañas de Asurbanipal se protegió por primera vez a los caballos con un caparazón.

Los carros de guerra, muy representados en la iconografía asiria, dejaron de ser instrumentos de choque para convertirse en centros de acción de los diversos grupos de combate. Eran arrastrados por un

par o dos de caballos y su dotación estaba formada de tres hombres: el cochero, que dirigía a los animales; el guerrero, que, provisto de lanza y arco, acosaba al enemigo, y el servidor, que protegía con su escudo los cuerpos de sus compañeros.

En las escenas de asalto a una fortaleza enemiga, representadas en los bajos relieves antes aludidos, los sitiadores asirios siempre actúan de dos en dos: uno que dispara el arco y otro que le protege con su escudo. Los zapadores se cubren con cota de malla. Su misión es minar la base de la muralla hasta lograr destruirla o abrir un boquete que permita la entrada. Una vez logrado su objetivo de conquistar la ciudad sitiada, la conducta de los asirios era de lo más cruel: decapitaban los cadáveres, destruían los palacios, llevaban cautivos a mujeres y niños, robaban los bienes de los vencidos y quemaban las cosechas. He aquí cómo describe Sargón II los resultados de su octava campaña: "Destruí siete plazas fuertes en las que no dejé piedra sobre piedra; quemé las vigas de sus techados hasta convertirlas en llamas; abrí sus graneros y repartí el alimento entre mis tropas; quemé en una pira la cosecha que iba a ser el sustento de su pueblo y el forraje que aseguraba la vida de sus ganados; talé todos sus bosques...".

Pero este Imperio poderoso y cruel era sólo militar. Los asirios nunca lograron imponer a los pueblos conquistados su propia civilización. Señores por la fuerza, su violencia hizo sublevarse en armas a casi todos sus vasallos. Los levantamientos se sucedieron hasta que, en 612, Nínive, capital asiria, cayó en poder de los medos. Así desapareció el gran Imperio asirio.

V. G.



Toro alado con cabeza humana que guardaba una de las puertas del palacio real de Khorsabad (Museo del Louvre, París).

dón. Este, libre de preocupaciones por el Sur, realizó el complemento de la obra militar de Asiria, que era la conquista de Egipto. Primero asedió a Sidón, en Fenicia, necesitando tres años para rendirla; después, en 671, los ejércitos asirios cruzaban el delta y en tres batallas sucesivas derrotaban a los egipcios. Menfis, la ciudad milenaria, fue saqueada y destruida; Tebas se rindió y el faraón escapó a Nubia. Egipto fue dividido en veintidós provincias, cada una con un gobernador asirio, y cuando en 668 se rebeló contra la ocupación extranjera, Asarhadón en persona marchó a sofocar la insurrección. Por el camino murió, rendido de fatiga; quedó heredero de sus dilatados dominios su hijo Asurbanipal, a quien los griegos llamaron Sardanápalo.

Este monarca es una de las figuras más extrañas de la Historia. Merece el respeto de la posteridad por la gran biblioteca que reunió en su palacio de Nínive y que, descubrier-





Relieve del palacio de Khorsabad que representa a un guerrero asirio del cortejo real (Museo del Louvre, París). De su ornamento se distinguen una espada corta, un arco y un carcaj colgado a la espalda.

ta en nuestros días, está hoy en el Museo Británico.

Los monarcas asirios anteriores a Asurbanipal trataron de dejar un recuerdo eterno de su reinado construyendo cada uno su palacio, y así los levantaron en Assur, en Kalaah y Khorsabad; pero el de Asurbanipal, en Nínive, sin desmerecer de los anteriores como monumento, tenía su principal riqueza

za en la biblioteca. El monarca se había interesado personalmente en reunir la colección; muchas de las tabletas llevan un colofón o noticia final que dice fueron copiadas expresamente por orden suya. La dispersión de las riquezas literarias de Babilonia, en tiempo de Senaquerib, dificultó la recogida de los textos, pues a veces los copistas ponen paréntesis, diciendo que el original está roto o indiscifrable.

De todas maneras, de la biblioteca real de Nínive proceden millares de textos en la lengua antigua de Sumer o refundiciones posteriores, como el poema de Gilgames, citado en un capítulo anterior. En las treinta mil tabletas de la biblioteca de Asurbanipal hay toda clase de textos; el gusto literario del gran monarca era muy ecléctico.

Y, sin embargo, este príncipe bibliófilo, este monarca del Oriente que realiza los mayores esfuerzos para reunir una biblioteca

Genio alado protector de una de las ocho puertas del palacio real de Sargón, a la que exorciza con la piña mística (Museo del Louvre, París).





tan copiosa que todavía hoy nos causa admiración, en sus campañas de conquista es tan cruel como Teglathfalar I. Han pasado quinientos o seiscientos años y el rey de Asiria no muestra aún el más leve sentimiento de piedad. En sus escritos dice: "Yo teñí los ríos de color de sangre y saqué el país". En Egipto mandó despellejar a sus enemigos y las pieles fueron clavadas en las murallas

de las ciudades; otros rebeldes fueron empalados, terrible suplicio que consiste en clavar a la víctima por el vientre a un palo puntiagudo que le desgarró las entrañas. Cabría pensar que todo esto fueran "figuraciones poéticas" y que Asurbanipal no hacía más que emplear el estilo oficial de las crónicas asirias. Cabría pensar que él no fue responsable de la crueldad de sus campañas y

Guerreros asirios transportando el carro de guerra del rey, según un relieve del palacio de Khorsabad (Museo del Louvre, París). Los carros de guerra asirios, posteriormente sustituidos por la caballería, estaban ocupados por tres combatientes: un cochero, un arquero y un servidor que los protegía a ambos con el escudo.

que sus subordinados no hicieron más que poner en práctica, como de costumbre, los métodos de guerra de sus antepasados. Se hace difícil aceptar que un rey que colecciona millares y millares de libros raros, nobles y valiosas creaciones de otros pueblos, se deleitara en los tormentos de los vencidos.

No obstante, hay que rendirse a la evidencia: Asurbanipal no era mejor que los demás monarcas asirios. En uno de los relieves de su palacio de Nínive se le representa en su jardín, comiendo con la reina su esposa y sirviéndole los esclavos bebidas y manjares deliciosos, en tanto que de un árbol pende la cabeza de un jefe rebelde que uno de sus generales le ha enviado como trofeo. El problema que se presenta al leer la historia de Asiria es el de saber si hay razas incorregibles, lo que llamaríamos hoy incivilizables. En la historia del mundo aparecen personajes tanto o más crueles que los monarcas asirios, pero en Asiria vemos la crueldad erigida en sistema de gobierno. Asiria no daba nada a cambio de los tributos que imponía, no llevaba a los pueblos que esclavizaba ni una administración ni una cultura, ni aun seguridad; los que habitaban en la periferia



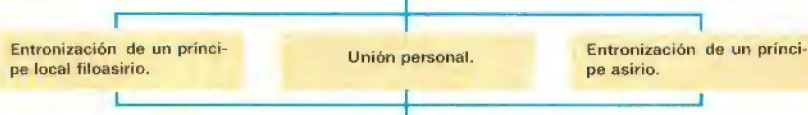
Sacerdote asirio del palacio real de Sargón II oficiando con el ramo de las tres granadas, símbolo de la trinidad asiria: Assur, Anu e Ishtar (Museo del Louvre, París).

EL PROBLEMA DE LAS RELACIONES CON BABILONIA EN EL IMPERIO ASIRIO

Durante los siglos IX-VII a. de J. C., el poder asirio restauró la concepción universalista de los antiguos imperios mesopotámicos y se extendió por todo el Creciente Fértil; sin embargo, sólo en algunos casos, y sobre todo bajo los últimos soberanos, esta ocupación militar se tradujo en anexión directa.

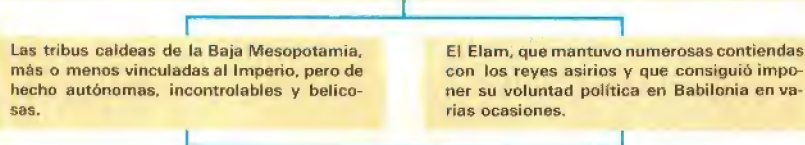
Por su tradición cultural y religiosa de gran prestigio, a la que los reyes asirios se sentían ligados, Babilonia bajo el Imperio asirio no vio nunca eliminada su autonomía política.

Los monarcas asirios intentaron de diversos modos mantener un control efectivo sobre la cabeza del estado babilónico.



Todos los sistemas fallaron repetidamente, no consiguiéndose anular la oposición de las poblaciones de la Baja Mesopotamia.

La resistencia babilónica al poder asirio pudo contar con dos activas fuerzas exteriores y opuestas al estado mesopotámico:



Sólo la destrucción de Susa por Asurbanipal acabó con la colaboración entre caldeos, elamitas y fuerzas locales babilónicas, pero esto no hizo sino inaugurar una más eficaz colaboración entre caldeos y medos, que acabó por destruir el Imperio asirio poco después.

La naturaleza de las relaciones entre Asiria y Babilonia, que obligaron a mantener un frente permanente en Mesopotamia, fue una de las causas del hundimiento asirio.

de sus dominios tenían que defenderse ellos mismos de los ataques de sus enemigos. El régimen de Asiria consistía tan sólo en nombrar para cada una de las provincias en que dividía a los países conquistados un gobernador, encargado de cobrar y enviar los tributos al monarca.

Maquiavelo decía que los dos únicos medios de conquistar un país son: dividirlo o destruirlo. Asiria empleó este último sistema, y hay que reconocer que lo hizo con éxito durante varios siglos; pero en el día

de la desgracia, ninguna de sus provincias quiso ayudarla. Nínive, la famosa capital de los últimos reyes asirios, cayó sin remisión en 625, atacada por las bandas de escitas y medos que empezaban a extenderse por el Asia. Son los arios, los guerreros nórdicos de que hemos hablado ya en otro capítulo, los que destruyeron la ciudad de Nínive, "la madriguera de leones", según la Biblia.

Nadie lamentó su destrucción ni nadie se preocupó de reconstruirla. Mientras Babilonia se iba poblando de nuevo, después de cada castigo, Nínive quedó abandonada completamente y hasta se perdió el recuerdo del lugar donde se levantaba. Jenofonte, un griego cultísimo, el que dirigió la retirada de los 10.000 mercenarios griegos, tres siglos más tarde pasa cerca de Nínive y ni la menciona siquiera en su itinerario...

LAS FASES DE LA INTERVENCIÓN ASIRIA EN ANATOLIA, SIRIA Y PALESTINA (siglos IX-VIII a. de J. C.)

Expediciones aisladas con objeto de conseguir botín, pero sin consecuencias duraderas.

Ashurnasirpal II (883-859).

Estados neohititas. Fenicia.

Presencia militar continuada, obligando a los estados locales a pagar tributo regular y a declararse vasallos.

Salmanasar III (858-824).

Damasco, Que, Tabal, Malatya.

Adad-Nirari III (809-782).

Tiro, Sidón, Israel, Edom.

Tiglat Pileser III (745-727).

Judá, Gaza.

Anexión directa para poner fin a las constantes rebeliones: los territorios son transformados en provincias, con instalación de gobernadores, funcionarios y tropas asirias.

Salmanasar V (727-722).

Israel.

Sargón II (722-705).

Hamat, Karkemish, Tabal, Malatya, Gurgum, Kummukh.



Combatientes asirios construyendo un campamento al comenzar la campaña anual de guerra, según un relieve del palacio de Sargón (Museo del Louvre, París).

Y, sin embargo, con su dura disciplina, Asiria había empezado, en cierto modo, la unificación del mundo. Sus divisiones en provincias eran sólo para cobrar mejor los tributos, pero preparaban a los pueblos para una administración superior. Los persas, y sobre todo el Imperio romano, debían aprovecharse de las sangrientas tentativas uniformadoras llevadas a cabo por los monarcas asirios.

Aunque no tengan grandes consecuencias para nosotros, hay que recordar algunas de las ideas religiosas de Asiria, que contribuyeron a producir grandes obras de arte. Las entradas de los palacios reales fueron protegidas por parejas de grandes toros alados. Eran monstruos con cabeza humana cubierta con tiara y cuernos dobles o triples; tenían cuerpo de toro, a menudo con garras de leona y alas de buitre o águila, que pendían de

Escena de caza del palacio de Khorsabad (Museo del Louvre, París). Un príncipe sargónida acaba de cobrar dos piezas; otro está a punto de soltar el halcón.





Fragmento de un relieve del palacio de Senaquerib, en Nínive (Museo de Arte e Historia, Bruselas).

Relieve del palacio del rey Senaquerib de Asiria, en Nínive, ciudad restaurada por este rey tras el abandono en que la había tenido su padre Sargón II (Museo del Louvre, París). Senaquerib, que reinó de 705 a 681 a. de J. C., venció a los egipcios, sitió a Jerusalén y anexionó a su reino la ciudad de Babilonia, en disputa largo tiempo con los elamitas.

un collar sobre la espalda. Estos animales sintéticos eran un símbolo de la fertilidad. En los tiempos prehistóricos, cuando el delta, con sus palmerales, producía el único alimento de Mesopotamia, que eran los dátiles, pues los cereales todavía no se habían cultivado, la fertilización de las flores en las palmeras hembras la realizaban las alas de los buitres que habían ido a posarse en las palmeras macho. Así se relacionaba la abundancia de los dátiles con la abundancia de pájaros que llevaban el polen en las alas. Por otra parte, el cuerno del monstruo alado asirio, que corresponde al toro, es un recuerdo del animal patronímico de Sin, el dios lunar de Ur, y como es de rigor, la Luna en lenguas mesopotámicas es masculina, pues son los rayos lunares los que, atravesando el suelo, obligan a la semilla a abrirse y dar salida al tierno tallo, cuyo crecimiento el Sol, femenino como la nodriza, fomentará más tarde. Es, por tanto, la Luna con su toro lunar la que produce la fertilidad. Las garras de la leona aluden, en cambio, a Ishtar, la diosa del amor, y la cabeza humana, por último, a la capacidad de pro-





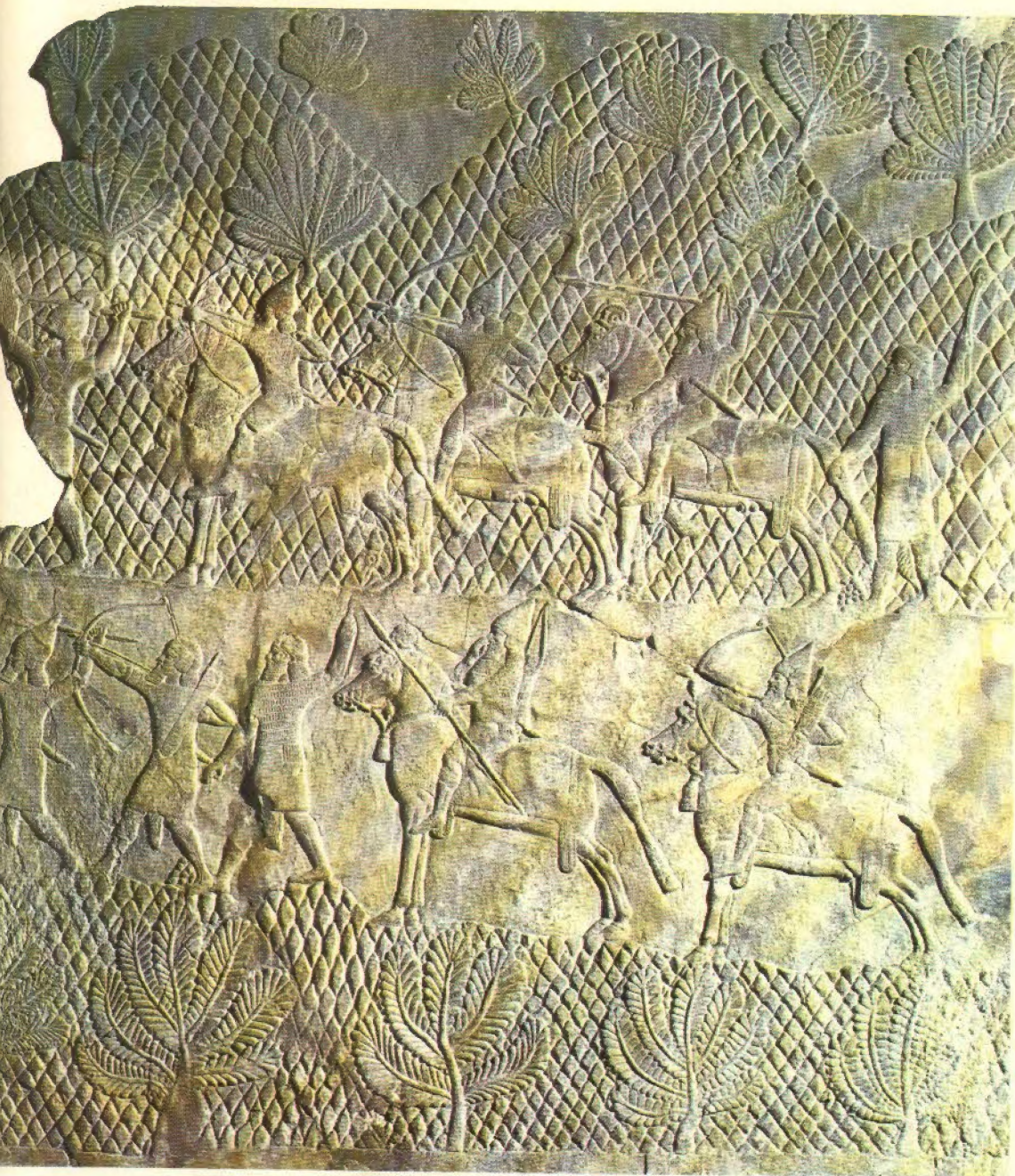
Bajo relieve del palacio real de Nínive que representa al rey Asurbanipal en su carro de paseo, protegido por una lujosa sombrilla y rodeado de servidores (Museo del Louvre, París). Su reinado, de 669 a 626 a. de J. C., marcó el apogeo del Imperio asirio y el principio de su decadencia. Conquistó el Alto Egipto y destruyó Tebas.

ducir fertilización. Son, por consiguiente, cuatro los elementos que se han acoplado en esta síntesis: el hombre, el toro, el león y el águila, que activan la vida en la semilla inerte.

Así, los toros alados de los palacios asirios no sólo los defienden con la síntesis de la masculinidad, sino que predicen abundancia en cosechas y campañas. Es posible que el rito fertilizador asirio tenga ya un origen prehistórico, o por lo menos sumerio, pues la palmera era el origen de todos los bienes en la aurora de la humanidad. El rito se conservó como una obsesión histórica y el rey-sacerdote, revestido de alas de buitre y con máscara de pájaro fertilizador o sin

ella, realizaba la liturgia de tocar con la piña masculina la flor femenina abierta para recibir el polen. En los relieves abundantísimos de este rito se representa al oficiante, rey o prelado, llevando el cubilete en el que se depositó el polen amarillo de las flores macho. Hace el gesto de tocar con la piña masculina un árbol que sería de oro, de forma sumamente estilizada, que apenas llegaríamos a reconocer como de tronco y tallos de palma, pero en el que se destacan de manera extraordinariamente real las abundantes flores entreabiertas.

El gesto propiciatorio de tocar con la piña se usaba también para exorcizar y evitar el maleficio. Al principio fue sólo un rito de



La caballería del ejército asirio de Asurbanipal avanza por la orilla de un arroyo en un país montañoso, relieve del palacio de Nínive (Museo del Louvre, París).

Relieve del palacio de Nínive que representa a un asirio atravesando un león con su lanza (Museo del Louvre, París).

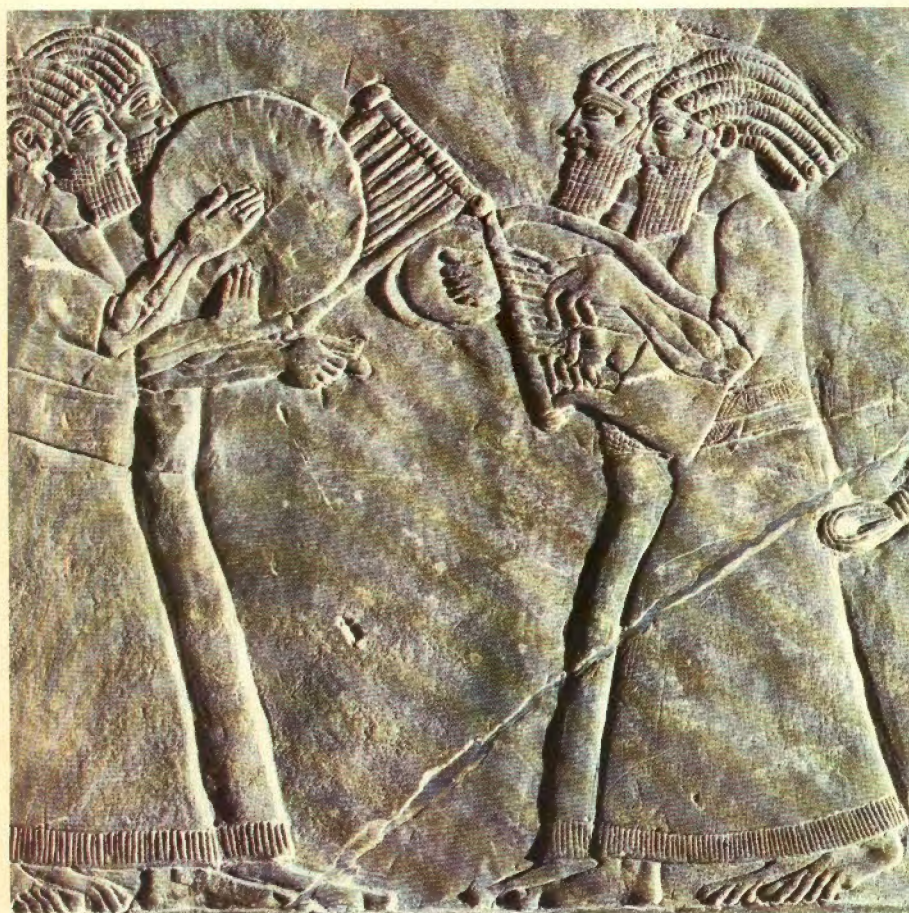
cultivadores del palmeral, pero pronto el campesino se apresuró a fertilizar las palmeras artificialmente subiéndose a la copa con un cubilete lleno de polen y rociando las flores con un plumero. Así se universalizó el rito. Para toda clase de bendiciones, aumento de bienes y evitación de los males que amenazan al rey y al estado, bastaba tocar con la piña de la palmera la persona o la cosa que se deseaba proteger.

Cabe preguntarse si la sintetización del principio masculino en el toro alado asirio contenía ya un concepto de universalidad, pues reunía elementos de las diversas razas que en aquella época ocupaban la región de Mesopotamia. ¡Quién sabe!



BIBLIOGRAFIA

Conteneau, G.	<i>La vie quotidienne à Babylonie et Assyrie</i> , París, 1953.
Dhorme, E.	<i>Les religions de Babylonie et d'Assyrie</i> , París, 1949.
Driver, G. R., y Miles, J. C.	<i>The Assyrian laws</i> , Oxford, 1935.
Fine, H. A.	<i>Studies in middle-Assyrian chronology and religion</i> , Cincinnati, 1955.
Fossey, Ch.	<i>Manuel d'assyriologie</i> , París, 1904.
Garelli, P.	<i>L'assyriologie</i> , París, 1964. — <i>Le Proche-Orient asiatique</i> , París, 1969.
Kupper, J. R.	<i>Les nomades en Mésopotamie au temps des rois de Mari</i> , París, 1957.
Maspero, G.	<i>Histoire ancienne des peuples de l'Orient classique</i> , París, 1908.
Olmstead, A. T.	<i>History of Assyria</i> , Londres, 1923.
Parrot, A.	<i>Assur</i> , Madrid, 1963. — <i>Mission de Mari</i> , París, 1956-1967.
Ragozin, Z. A.	<i>Assyria from the rise of the empire to the fall of Niniveh</i> , Londres, 1920.
Rogers, R. W.	<i>A history of Babylonia and Assyria</i> , Nueva York, 1915.
Smith, S.	<i>Early history of Assyria</i> , Londres, 1928.



Detalle de un relieve de Nínive donde figuran cuatro músicos —dos tocan cítaras, uno el címbalo y otro el tamboril— acompañando una marcha militar del ejército de Asurbanipal (Museo del Louvre, París).

La ilustración de este tomo se debe a: Afrique Photo (París), Andi (Milán), Archivo Edistudio (Barcelona), Atesa (Ginebra), Black Star (Nueva York), Boissonnas (Ginebra), Camera Clix (Nueva York), Ciccione (París), Embajada de Estados Unidos (Madrid), Freeman (Londres), GH-Carles (Valencia), Giraudon (París), I. Goetz (Venezuela), R. Halin (París), Lolivier (París), Llorca (Barcelona), Mairani (Milán), A. Martín (Barcelona), J. F. Martín (Madrid), E. Meyer (Viena), Monte Palomar (Estados Unidos), Museo Británico (Londres), Museo Provincial (Pamplona), Museo de Copenhague, Museo del Hombre (París), Museo del Louvre (París), Olavarrieta (Barcelona), Oronoz (Madrid), Palnic-Reitz (Venecia), Pucciarelli (Roma), G. R. Reitz (Hannover), M. T. Salas (Barcelona), Salmer (Barcelona), S. E. F. (Turín), Titus (Turín), Universidad de Oslo, Vilanova (Barcelona), Zardoya (Barcelona).